

sean claros y justos, para que no causen conflictos. La conducta de los Estados que se extralimitan para considerar súbditos al mayor número posible de seres, fué de ser lesiva del derecho, es contraproductiva; la patria no debe aspirar a la adquisición de muchos hijos por medio de frágiles lazos; vale más que sean pocos pero bien vinculados, incapaces, por su personal interés, de hacerle traición en ningún tiempo ni lugar.

JOSÉ GNECCO MOZO
Colegial de número.

RECEPCION DE COLEGIALES

Con la sobria elegancia y la sencilla majestad propias de los actos tradicionales del Colegio, se cumplió, el 20 del pasado, en el aula máxima, la recepción de los nuevos colegiales, bachilleres don Evaristo Sierra, don Alfredo de Jesús Ríos, don Santiago Rizo, don Wenceslao Huergo, don Carlos Lozano y Lozano, don José Gnecco Mozo y don Emeterio Mendoza. Presidió la sesión del claustro el señor doctor Miguel Abadía Méndez, colegial, catedrático y consiliario, actual ministro de Instrucción Pública. Después de que los recién recibidos hicieron la profesión de la fe y prestaron el juramento de regla, el señor Sierra pronunció las palabras siguientes:

« Señor Rector:

Tiene la existencia del hombre días llenos de satisfacción, emociones intensas y que nos abstraen por completo, momentos en que quisiéramos llamar a los seres queridos para hacerlos partícipes de nuestros sen-

timientos. Uno de esos días es éste para nosotros. Acabamos de prestar el juramento sagrado que nos une más estrechamente a la Religión, a la Patria y a este clásico y secular Instituto, donde, como en nuestro propio hogar, hemos pasado los años más felices de la vida, a este tranquilo puerto donde el corazón se fortalece para la virtud y la mente se ilumina para la verdad.

Váis a poner ahora en nuestros pechos la medalla que ha de acreditarnos colegiales de número, la codiciada insignia, el más eficaz de los estímulos y el honor más grande de que han podido enorgullecerse muchos de los más preclaros hijos de Colombia. Ella, que lució un día el escudo de los Guzmanes, fue la primera estrella que brilló sobre el pecho de nuestros libertadores. Ella le señaló a Girardot el camino del Bárbula, ella alentó el pecho de Caldas al bajar por última vez las gradas del Colegio para, como vos lo habéis dicho, ascender a la cumbre de la inmortalidad.

Es suficiente volver los ojos a los muros del Colegio para comprender que en él se aúnan lo humano y lo divino, lo temporal y lo eterno, la verdadera ciencia y la religión salvadora. Por eso en tres siglos de existencia no han podido contra él ni las conmociones morales ni las físicas y, después de todo, aparece la casa de Fray Cristóbal grande y majestuosa, con una grandeza y majestad reveladoras de la protección divina. Cierta que un día se leyó en sus aulas una filosofía que no es la más buena, ni la más santa, ni la que guía el espíritu de los hombres más rectos, y que un oleaje amenazador llegó a penetrar hasta ella, pero aquel mal fue pasajero, y hoy el espíritu de Santo Tomás de Aquino llena sus aulas, satura su ambiente, ilumina las mentes de sus hijos. No hace aún tres años que la naturaleza, en una de sus frecuentes conmocio-

nes, destruyó casi por completo el claustro antiguo, pero el Congreso nacional, reconociendo los grandes servicios que el Colegio le ha prestado a la Patria, supo con patriótico desprendimiento auxiliarlo en aquella hora suprema en que todos los rosaristas tuvimos que huir del cariñoso claustro. Y no podía ser de otro modo. El Colegio del Rosario, que fue ayer la cuna de la República, es hoy foco de luz cuyos rayos alcanzan hasta el más apartado rincón de la Patria. De él salió hace apenas una centuria, ese puñado de patriotas que supo conquistarnos la libertad que hoy flamea en los pliegues de nuestro tricolor nacional. Por eso con muchísima razón pudisteis decir, con frase feliz, que el Colegio del Rosario está tocado de eternidad.

El diploma que vais a poner en nuestras manos dentro de pocos instantes, será el anillo que nos vincule perpetua e indeleblemente a tan glorioso plantel. El será el testimonio de que pertenecemos a un núcleo escogido de los hijos del Colegio. Será señal de victoria, será palma, será laurel inapreciable y escogido con que nosotros podamos ceñir la inmaculada y encanecida frente de los que, en apartado lugar, elevan por nosotros su oración pacífica y suplicante, como un reconocimiento de todos sus paternales sacrificios. Y vamos a recibir, también, el abrazo con que vos felicitáis a los que acaban de recibirse colegiales. Que ese abrazo sea signo de la unión que debe ligarnos al Colegio del Rosario, que él nos habló siempre de amor, de gratitud, de reconocimiento.

Tocóme daros las gracias por tan calificado honor, a mí, el menos digno y el menos capaz de todos. Vos, padre cariñoso de todos los rosaristas, sabréis interpretar lo que mis pobres labios no saben decir, pero sí nuestros corazones agradeceremos. Aceptad, pues, Monseñor, el eco agradecido de nuestros pechos, entendien-

do que los grandes sentimientos no se expresan: tienen sus raíces en el alma, allí cristalizan, allí perduran.

Hé dicho.»

En seguida el señor Rector felicitó a los colegiales por la merecida honra que iban a recibir y les recordó en breves frases los deberes que les incumbían. Terminó la ceremonia con la imposición de los escudos, la entrega de los diplomas y el abrazo de bienvenida.

LA FABULA en la estética de Pombo

(Fragmento de una tesis de grado)

A menudo, pero no siempre, muestra la obra de un poeta algo de las contradicciones a que está sujeta su vida, aunque a veces, la moral predicada por un hombre no es la misma que preside sus actos: el zoólogo no mira el sol como el águila, ni como ella averigua la velocidad de los vientos y la fuerza del huracán; que el aleteo de una sonrisa encubre a veces el brillo de las lágrimas y, como en los teatros, el telón en que la alegría ejecuta sus danzas, encubre el final de una tragedia.

En Pombo, a más de las contradicciones de sentimiento que hemos señalado, contradicciones que no solamente corresponden a dos distintos períodos de la vida, sino a dos momentos de una misma hora, a diferentes y contrarias influencias, muestra dos fases opuestas en su obra, dos tendencias perfectamente separadas: *sufre* en una la vida, quiere, en la otra, *dirigirla*.

Siempre inspirado por la vida, se coloca Pombo como espectador y como actor, en medio del mundo que canta: no se cuida del carácter de las sensaciones que llegan; ávido de emociones, como verdadero poeta, las